The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014671232

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

FRANCISCO DONOSO

MYRRHA

~ POEMAS ~

Al Sr. Sturgis C. Leavitt,
afectuosamente
Mariano Donoso S.

MYRRHA

Casilla 3417
Santiago.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Lyrica (poesías) 1918.

Las Manos de Jesus (poema) 1921.

Myrrha (poemas) 1924.

FRANCISCO DONOSO

MYRRHA

~ POEMAS ~

PQ8497
.D615
M9
1925
RAM-C

The Library
The University of North Carolina
Chapel Hill

ES PROPIEDAD

Imprenta de San José.

Library, Univ. of
South Carolina

397524

«Vadam ad montem myrrhae,
et ad collem thuris».

Subiré al monte de la mirra
y al collado del incienso.

Cantar de los Cantares, IV, 6.

OFERTORIO

Del árbol interior de mi existencia
—¡florido ayer de tantas ilusiones!—
tomé la mirra de sutil esencia
para aromar ¡oh Dios! mis oblaciones.

Y ante el altar en donde Tú me ungiste,
y con mi amor por único atavío,
vengo a ofrecerte lo que Tú me diste:
dolor y gozo — ¡lágrima y rocío!—

Te ofrezco el canto que en el alma siento
lo mismo que los trenos de mis lloros,
como ofrecen su voz al amplio viento
los piélagos amargos y sonoros.

Y porque sé que nunca en el vacío
caerá la oblación que sube al cielo,
para hacer de mis lágrimas rocío
bajo el amparo azul de tu consuelo,

quemaré en el ardor que me consume
toda congoja que en mi pecho encarne
para que se hagan místico perfume
todas las amarguras de la carne.

ROSAL DE MI CAMINO...

¡Rosas rosadas y blancas, ramas verdes,
corolas frescas y frescos
ramos, Alegría!

Rubén Darío.

JUNTO a mi yerma vía que en el confín se pierde,
el dulce Sembrador ha hincado tu raíz;
tal vez para que brote de tu regazo verde
algún rosado amor sobre mi angustia gris...

Pero ¡ay! si ya tu veste la rasgó el torbellino
y, de las rosas místicas de pálida belleza,
quedaron, en el polvo flotante del camino,
los pétalos marchitos, caídos de tristeza.

Me ha llevado el otoño tus fragancias divinas
que aromaron los sueños lejanos de un amor,
y ha dejado en tus ramas desnudas las espinas
que brotaron al beso mordiente del dolor.

La misma soledad que flota en mi camino,
al verme ya tan triste, tan huérfano, se asombra:
¡si aventó los recuerdos el torvo torbellino!
¡si ni siquiera tengo la sombra de tu sombra!

¡Apiádate de mí, Rosal! mira qué triste
dejaste mis orillas sin tus alegres rosas!
¡Qué largo es el invierno de olvidos que me diste!
¡Qué brumas tan heladas se ciernen en las cosas!

Haz que mi vida enferma que en el confín se pierde
—mi vida a cuyos bordes hincaste tu raíz,—
tenga otra vez la sombra de tu follaje verde
y una alegría en flor sobre mi angustia gris...

VESPERO

MIENTRAS el viejo ocaso con mágico esfumino
los últimos fulgores en su horizonte esfuma,
escancia sus aromas el viento peregrino
y visten de violeta las márgenes de espuma.

La penumbra que avanza sobre el azul marino
las luces y las sombras en el ambiente suma,
y en las aguas sonoras de arrullo vespertino
el crepúsculo tiende su fina red de bruma.

Véspero taciturno, que solitario vela
contemplando la mística placidez de las ondas,
su adormida nostalgia sobre la mar rïela

lo mismo que mi absorto, lejano pensamiento
que en éxtasis medita las parábolas hondas
del mar y del crepúsculo, de la espuma y del viento...

EL MAR

Nadie puede decir: «Yo no conozco el mar».
¿El mar? Sí; la pasión que ruge y se dilata
bajo la augusta y clara conciencia de los cielos;
que se aduerme a las veces y luego se desata
en férvidos impulsos de amores y de anhelos.
¡Oh! ¿quién podrá decir: «Yo no conozco el mar»?

Ansiedad que se yergue con vórtices y tumbos
y estalla en los cantiles soberbios de la costa,
o llega alguna tarde con milagrosos rumbos
al efímero ensueño de alguna rada angosta...
Quien sueñe alucinado con un eterno amar
nunca podrá decir: «Yo no conozco el mar».

Su profundo suspiro que es sonoro y amargo
se pierde en la rosada bruma de lontananza,
mientras pasa la curva de su horizonte largo
alguna vela blanca de remota esperanza.
Quien sienta la nostalgia de un futuro soñar
nunca podrá decir: «Yo no conozco el mar».

¡Cuántas veces sollozan sus cansadas orillas
bajo las alas tristes de noches sin estrellas!
¡Cuántas veces las lunas por oír sus querellas
hacia el ocaso llegan enfermas y amarillas!
Quien sepa su inocencia pretérita evocar
nunca podrá decir: «Yo no conozco el mar».

¡Oh! la plegaria insomne de sus olas nocturnas
a la sutil mirada de estrellas taciturnas!
¡oh, la clara alegría de sus aguas azules!
¡oh, la tristeza helada de sus húmedos tules!
Quien tenga un corazón enfermo de soñar
nunca podrá decir: «Yo no conozco el mar»...

LA EPIFANIA DEL AMOR

La aurora avanza. Con sus rubios lampos
apaga arriba los fanales de oro,
mientras alumbra los propicios campos
que fueron de Booz.

Viento sonoro
despierta al soñoliento sicomoro
y peina la opulenta cabellera
de maduros trigales.
Baja Jesús del monte donde orara
la noche entera. Desde los riscales
tercos, desciende a la llanura clara,

triste y solo. Quizás qué pensamientos
se asoman a sus ojos
cuando mira a su paso los sangrientos
terebintos, los ásperos abrojos...

Por el velludo lago
de los trigales viene.
De pronto, cual si oyera
alguna voz oculta, se detiene:
mira a sus plantas y era
sólo una espiga que a sus pies temblaba.
La toma en la ternura de sus manos
y mientras la miraba,
con su luz, enjoyábanse sus granos.
Con la dulzura de su voz amiga,
«Habla», dijo Jesús; y habló la espiga.

«¡Gracias, Señor, por esta dulce y triste
suavidad de tu amor!
Por la tierra fecunda que me diste,
la lluvia y el calor,
buena para los hombres Tú me hiciste
y para Ti, Señor.

«Por esta misma solitaria senda,
en otro tiempo fuí
con la piedad de Ruth hasta la tienda
sin luz de Noemí.
Bendito aquél que en pan de grata ofrenda
me hizo llegar a Tí;
me han llevado al santuario de tu Tienda
los hijos de Leví.

«¡Señor, si te odian las impías almas
que tu verdad no ven,
vente al imperio de mis rubias calmas,
a mis trigales, ven!
Si el hombre está tejiendo tu mortaja
allá en Jerusalén,
recuerda que al nacer tejió mi paja
tu cuna de Belén...»

«En verdad—dijo Cristo
velando su amargura—
jamás en hombre he visto
una piedad más pura.

Tú eres mejor, tú eres más fiel amiga
que el hombre...»
Dijo, y un momento largo
quedó mirando a la piadosa espiga.
Siguió Jesús por la llanura sola,
sumida el alma en un silencio amargo.

Una noche — la triste, la postrera
del manso Taumaturgo—vió el prodigio
estupendo. Cerníase en la sala
de la cena eucarística, la austera,
honda melancolía del Maestro.
Jerusalén afuera
urdía el plan siniestro
en el silencio del pavor nocturno.
Jesús, que mira en ese instante todo,
—la luz del astro y la abyección del lodo—
presiente ya en su rostro taciturno
el beso del traidor, y ve la intriga,
la cruel calumnia, la perfidia oculta:
todo lo ve y sepulta
en la ancha hondura de su amor clemente.

Sobre el pecho del Cristo, su alba frente
virgen, inclina el predilecto Juan;
allí también está su ingenua amiga;
—el hombre la hizo pan.—

«Moreno pan que germinó la espiga,
—dice Jesús, silente y pensativo—
serás mi cuerpo mismo, cuerpo vivo
de Dios para que el hombre
encuentre en Mí su vida y su consuelo...
Mi excelsa maravilla no te asombre,
Yo soy el Pan que descendí del cielo».

Mientras así el Maestro discurría
en su interior silencio, en el prestigio
de sus manos de Dios, el pan fulgía,
¡y el verbo de su amor obró el prodigio!...

LAS TRES PALOMAS

Son tres palomas castas como la edad primera
las tres palomas blancas que arrullan en mi alero:
una me dice, «cree», y otra me dice, «espera»,
y otra me dice, «ama». Y amo, creo y espero...

Son ellas el augurio del alba venidera
cuando en la noche oscura me siento prisionero;
son ellas las que, tímidas, se acercan a mi hoguera
en el invierno frío, sin sol y sin lucero.

Un día —¡no sé cuándo!— llegará la tormenta,
aquélla, la que toda vida y recuerdo avienta,
y asolará mi choza con su huracán veloz.

Entonces esas alas de mística blancura
me enseñarán el vuelo supremo hacia la altura
¡y por las tres palomas, me encontraré con Dios!...

TRANSFIGURACION

Como una llaga negra, en el sendero
por donde pasa por las tardes, mustia,
la sórdida manada de un cabrero,
cuenta una charca su secreta angustia.

Agua que, por el lodo envilecida,
se ha hecho putrefacta sobre el suelo,
sueña, llora y espera arrepentida
el rayo ardiente que la vuelva al cielo.

En tanto, sufre el torpe vilipendio
de toda bestia que su seno pisa;
y al ver de lejos el glorioso incendio
de vesperales nubes, agoniza...

Enferma, desde el lecho de su lodo
le pide al sol su paternal consuelo,
y es tan ferviente su oración, que todo
su espíritu es azul, mirando al cielo.

Y él con su tibia lumbre matutina
bajó por fin hasta la charca impura
¡y obró el milagro!... su alma de neblina
como un ensueño retornó a la altura.

Llevóla el viento en su voluble giro
al coro blanco de las castas nubes
que en el cielo de diáfano zafiro
fingían caravanas de querubes.

Después la vió el ocaso de aquel día
transfigurada en flamas de arrebol:
¡era esa alma que en halos refulgía!
¡era la misma claridad del sol!

LAS VIAJERAS BLANCAS

Hay ópalos de luna en el acero del río
por donde boga el Tiempo, fiel barquero del alma;
con isócronos remos, tajando va con brío
las unánimes ondas que suaviza la calma.

Navegan siete vírgenes que pulsan sus laúdes.
La euritmia de sus cantos que vibra en la penumbra
tiene hondas sugestiones de místicas quietudes
bajo el suave fulgor del éxtasis que alumbra.

En la orilla distante van los ímpetus hondos
de los hipocentauros que acechan en los bordes
a las Viajeras blancas; con sus cascos redondos
y piafantes, perturban los serenos acordes.

Es el fiero tropel de los siete centauros
que, al ver sobre las aguas los sagrados perfiles,
vinieron de la selva pagana de los lauros
a las ásperas peñas de los duros cantiles.

¡Ay de las blancas vírgenes si las traiciona el viento
lanzándolas al borde, donde el tropel acecha,
si el caudaloso río se levanta violento
o si las hiere el monstruo con su traidora flecha!

¡Oh! contra todo mal, defiéndelas, Dios mío!
Haz que la débil barca al fin de su viaje llegue
segura por el río;
que sea manso el río cuando a tu mar la entregue!...
¡Oh! contra todo mal, defiéndelas, Dios mío!...

LA NIEVE

El rubio monarca de eternos amores,
besó entre las cumbres su blanco relieve,
y al darle sus besos de ardientes fulgores,
cual virgen violada, lloraba la nieve.

¡Oh, cómo a la tarde los castos rubores
tiñeron su frente de púrpura leve!
su púdico llanto bebieron las flores
y todo el que vive sus lágrimas bebe...

¡Oh nieve del alma, — sagrado candor,
nostalgia de cielo, blancura de altar,—
te ha hecho rosada la luz del amor!

Por eso en la vida un misterio pusiste:
no sabe si canta, no sabe si es triste
la onda del río que corre hacia el mar...

UN HERMANO ME DIJO...

Un hermano me dijo desconsoladamente:
—He venido hasta ti para ver si me auxilias
y me pones tus vendas en mi herida candente;
para ver si me apagas el ardor de mi frente
que me alarga las noches con acerbas vigilias.

—¿Y la causa? —No sé; quién sabe si unos ojos
que ha tiempo me miraron al pasar por la vía...
amanecí después con mis párpados rojos
y con el alma enferma, y enferma todavía.

¡Ay! acaso fué aquélla, la mirada celeste
que por un instante me iluminó la vida!
Con afán yo he buscado en mi pecho la herida:
¡ni una gota de sangre me ha teñido mi veste
y sin embargo siento cómo sangra mi herida!...

Comprendiendo el diagnóstico, le respondí al paciente:
—Disculpa, hermano mío: yo no soy competente;
para tu mal oculto, yo me siento incapaz:
anda, llama a la puerta del palacio dormido
y te abrirá, clemente como un mago, el Olvido
y sanará tu herida con su néctar de paz.

—¡Ay!—dijo,— cuántas veces he llamado a su puerta
con inútil clamor, y he vuelto a la vida
sintiendo cómo siempre va sangrando mi herida,
cómo el alma aquí dentro, sin morir, ya va muerta...

AMANECER

Sobre la cima oscura del oriente
descorriendo las gasas de su toldo,
Aurora — la princesa — irguió su frente.

Al verla desde el valle las neblinas
de azules cabelleras destrenzadas
huyeron por el río. Las colinas

poco a poco vistiéronse de rosa,
mientras en el follaje de los cármenes
despertaba una brisa soporosa.

Se peinaban las ondas en el río;
las flores del jardín, de cara al cielo,
perlaban sus corolas de rocío,

y en la abierta, morada lejanía
la ciudad, la ciudad enferma y triste,
arrebujada en humo aún dormía.

Brotó de entre los árboles un trino
y voló la plegaria de una torre
hacia el cielo rosado y cristalino.

Y mientras que la luz vertía su arca
tamizando sus iris en la bruma,
con real sonrisa se asomó el Monarca...

TORRE QUE AHORA MIRAS...

Torre que ahora miras los cromos del paisaje,
que veneras las nubes y admiras el celaje,
un día han de caer tus ásperos perfiles
y serán tus escombros guaridas de reptiles.

Torre que ahora elevas tu plegaria a la altura
proyectando tu sombra de paz en la llanura,
un día ha de llegar el huracán violento
que te ha de estremecer hasta el hondo cimiento.

Su soplo asolador te dejará desierta;
al rapto de mi espíritu, rechinará la puerta
que vió entrar y salir tantos dulces ensueños,
hermosos peregrinos de los valles risueños.

Me iré en el huracán como sutil fragancia
volando fugitivo con el fervor de un ansia,
más rápido que el ala de tímida paloma,
fugaz como la ráfaga, leve como el aroma...

Y tú te quedarás ¡pobre torre de piedra!
Te cubrirá el olvido con su manto de hiedra
envolviendo tus flancos derüidos y oscuros:
¡ya rompen tus aristas las grietas de tus muros!

Tal vez no esté muy lejos el viento asolador,
pero ¿será verdugo?... será libertador?...

¡Dios mío! esta pregunta, que alarga la agonía,
me llena de inquietud y de melancolía:
¡yo sé que ese huracán me dirá una palabra
cuando la dura puerta de la prisión se abra!

¡Oh Señor Jesucristo! haz que esa voz suprema
no me arroje iracunda con su eterno anatema!
¡que al llegar a mi torre, dulcemente pronuncie
la palabra de gracia que tu perdón anuncie!...

BAJO EL MAR

Bajo el mar, el agua es triste, muda y triste...
En su abismo, al hombre todo le acongoja,
le amedrenta y le resiste;
fuerza oculta que lo atrae y que lo arroja
se revuelve entre las hoscas asperezas de su fondo
con el ritmo de un secreto, rudo y hondo
palpitar.
Nada canta, nada gime, nada se oye
bajo el mar;
ni un sonido
llega al lóbrego palacio
del olvido.

Sólo danza el movimiento
bajo el peso de los tumbos de penumbras de topacio;
y su fuerza es pensamiento,
y sus monstruos son visiones
de un delirio,
de un tormento silencioso de martirio...
Al sentirse prisionera entre las aguas indomables
de esa trágica mansión,
piensa el alma si ha caído
en las simas insondables
de un amargo, de un doliente, de un vencido
corazón...

PRIMERA LLUVIA

Mientras cojo unas rimas que a mi poema engarzo
siento que pasa el viento por las frondas lejanas.
Escucho... y luego miro llegar a mis ventanas
vivaces culebritas de transparente cuarzo.

Corro al campo. Allí el cielo profundamente garzo
rompió a llorar...¿por quién? Por las tristes fontanas
que, siendo para él sus mejores hermanas,
cegaban ya de sed. Hoy el clemente Marzo

le ha reprochado al cielo su lamentable olvido,
y él—¡poeta al fin!—llora, se siente arrepentido,
y su llanto de amor tiene aromas de rosa...

La tierra al enjugarlo se ha sentido olorosa;
y se han besado el pétalo blanco y la hoja rubia
porque cae la lluvia... porque cae la lluvia...

ELIECER

Hace más de tres mil y setecientos años
que Abrahán el Patriarca mandó al viejo Eliecer
a buscar al país de prósperos rebaños,
para su hijo Isaac, una hermosa mujer.

Bajo un sol fulgurante de tórridos destellos,
caminaba Eliecer cruzando la inclemente
llanura de Canán.
Iba absorto y silente
mirando los enormes, interrogantes cuellos
que en la arena trazaban sus cansados camellos.
Iban sus pensamientos volando lentamente
en busca de la novia de su amo adolescente.

Por fin, llegó al brocal de un milenario pozo
donde forjó su mente un signo misterioso:
«Aquí — dijo — en pos de agua, las doncellas vendrán:
pues aquella a quien yo de beber le pidiere
y a mí y a mis camellos de estas aguas me diere,
la esposa habrá de ser del hijo de Abrahán.»

Mientras así pensaba se iluminó de asombro
al ver ante sus ojos una núbil mujer
que volvía del pozo con su cántaro al hombro;
llamándola le dijo: «Dame tú de beber».

La joven compasiva de dorados cabellos
puso el labio del cántaro junto a sus labios ígneos,
y tornó a sacar agua para los diez camellos,
sin saber que cumplía los secretos designios...

Así obtuvo Isaac a la hermosa Rebeca,
—la que bebió en su cuenco, la que comió en su altamia.—
¡Oh! díme tú, Eliecer, si acaso no está seca
la milagrosa fuente de la Mesopotamia.

¡Hace ya tánto tiempo que mi ilusión camina
con su rebaño azul de insomnes pensamientos
por sobre las arenas que el viejo sol calcina!

Va cruzando el país de los renunciamientos;
la fatiga el cansancio, la atormenta la sed,
y la ciega el simún de los cálidos vientos.

«¡Oh Dios de los patriarcas, mi plegaria atended!
—a solas va diciendo con ferviente clamor—
guiadme hacia la fuente donde sacie mi sed

«la más pura Belleza con su cáliz de flor:
¡hace ya tánto tiempo que espera mi regreso
en su rojo palacio, mi buen amo el Amor!...»

Así va mi ilusión: su caravana finge
la tuya ¡oh Eliecer! Como tú, lleva el beso
inquietante y ambiguo de una incógnita esfinge...

Por esa misma senda, cálida, yerma y honda,
siguió también Leonardo, con su fe por divisa,
y en el brocal del pozo le brindó la Gioconda
con la clara frescura de su inmortal sonrisa.

Por esos rudos yermos cruzó también el Dante,
y al fin, sació su sed de gloria Beatriz;
por esa ruta estéril, humilde y mendicante,
pasó el místico y dulce San Francisco de Asís...

Ilusión, no desmayes, no pierdas el camino
misterioso. La fuente de Eliecer no está seca;
avanza por la ruta del viejo peregrino
y hallarás, como él, la piedad de Rebeca.

EL AGUA

Yo vengo del imperio sagrado de lo blanco
donde el sol y la nieve lanzáronme a la vida;
y, loca de alborozo, de barranco en barranco
he bajado hasta el valle, de amor estremecida.

En mi largo camino, yo vencí el duro flanco
de las rocas soberbias; y de cada florida,
soñadora ribera mil suspiros arranco
para llevar su aroma en mi claridad dormida.

Por tercos roquedales, por arenas y frondas,
buscando los abismos amargos de los mares,
caminaré entonando los versos de mis ondas:

porque yo sé que un día me verán los querubes,
flotando en los divinos silencios estelares,
levada por los vientos, barqueros de las nubes...

KEMPIS

¡Oh Kempis! tu palabra, toda mirra y alöe,
que enciende el corazón en místicos anhelos,
tiene el dulce conjuro de un suavísimo oboe
que llamase al aprisco los perdidos consuelos.

Si la sombra nocturna nos apaga el camino,
tu palabra lo alumbra como lámpara viva;
y si el alma levanta su negro torbellino,
tu apóstrofe de arcángel la torna compasiva.

Ante el sabio secreto de tu sagrada alquimia
¿qué valen esas artes efímeras de Fausto?
Tú nos dices, oh Kempis, con tu experiencia eximia
que la dicha se labra con el propio holocausto.

Por eso con mi cruz y mi negra hopalanda,
sin maldecir la espina, yo sigo por la senda:
¡ya sé que la aspereza de tu camino es blanda,
nos dejaron tus huellas la piedad de una venda!

¡Gracias, por esta ruta que tú nos descubriste
para cruzar serenos por la tierra sombría!
¡todo el que fué por ella—si su alma estuvo triste—
sintió celestes auras fragantes de alegría!

Pero ayúdame, oh Kempis, hasta el fin del desierto
porque aún veo lejos la Tierra Prometida
y quisiera tener mi corazón despierto
cuando acaben los sueños y comience la vida...

¡Oh Kempis! tú que fuiste mi buen Samaritano,
deja mi vaso rojo, de bálsamo provisto,
y si de nuevo caigo, que me lleve tu mano,
exánime y herido, hasta los pies de Cristo...

SONETOS DEL BUDI

I.—ESTA TIERRA ESTA AROMADA...

Esta tierra está aromada de recuerdos y leyendas:
por aquí los españoles en homéricas andanzas
se encontraron con los indios. Sus astucias y sus lanzas
se cruzaron en heroicas, en innúmeras contiendas...

Hoy sus lagos y sus montes nos regalan con ofrendas
de fantásticos ensueños y tranquilas venturanzas:
blancos cisnes se pasean por azules lontananzas,
y prestigian los laureles sus colinas y sus sendas.

Como líquido zafiro se abre el Budi entre un lomaje de esmeraldas. Sus profundas ensenadas tienen toldos de robustos robledales, de copihues y de boldos.

Y en las noches estivales del selvático paisaje se oye el canto de los buhos en las sombras inquietantes, mientras tejen arabescos las luciérnagas errantes.

II.—LAS GUALAS

Bajo el dombo de felpa de un cenit otoñal,
resbalan por el lago las virutas de acero
que laboran los vientos. Mi robusto barquero,
al compás de su canto, bate los remos, tal

como si fueran alas de algún ave fatal.
Las taguas que se asoman se sumergen ligero
asustadas de ver nuestro bote agorero;
mas, desde el laberinto de cada totoral

avanzan a la barca las románticas gualas
mostrando en sus espaldas sus implumes polluelos;
y aunque ellas bien conocen sus inútiles alas,

se acercan e interrogan por los indios abuelos
sin saber que sus cantos son el mismo lamento
que al morir nos dejaron en el lago y el viento...

III.— LOS CISNES

La tarde, con su enorme diamante suspendido,
se mira en los cristales de las ondas tranquilas;
en sus márgenes verdes de boldos y de quilas
sueña el lago sonriente como infante dormido.

En las radas serenas su sueño ha florecido:
allá, de cuando en cuando, columbran las pupilas
que irrumpe un cisne blanco las transparencias lilas,
y en las ondas azules, lo cabalga Cupido.

Al batir sus enormes, regias alas de seda,
otros cisnes hermanos, vigilantes esperan
el regreso jocundo del amante de Leda...

Y al ver sus siluetas armoniosas y francas,
parece que en la página del lago suspendieran
negros interrogantes sobre ilusiones blancas...

IV.—SOMBRAS Y LUCES

Con la sabiduría de su euritmia secreta
el crepúsculo azul tras la tarde se fué
dejando sobre el lago su penumbra violeta.
La litúrgica torre de una ermita se ve

diseñada en la cima de una obscura meseta
como una afirmación silenciosa de fe;
—semeja este nocturno paisaje una viñeta
que dibujara el lápiz de Gustavo Doré.—

Cada estrellita pálida que se despierta arriba
multiplica en las ondas su imagen pensativa
sembrando lentejuelas de inquietas radiaciones;

y enjambres de luciérnagas de tímidos fulgores
simulan en las sombras vivas constelaciones
de pétalos de estrellas, o de ánimas de flores...

V.—CLARO DE LUNA

SERENA, silente, romántica oscila
mi barca en el lago de oleajes risueños;
y, mientras medita la noche tranquila,
retozan cansados los vientos sedeños.

Arriba una luna de nácar rutila
orlando las nubes de vagos diseños;
y absorta se queda mi negra pupila
mirando las aguas rieladas de ensueños...

Dos barcas de pesca regresan de lejos
tajando las ondas de blancos reflejos
con largos aceros de fúlgidos filos.

Y lejos, muy lejos... en la ancha laguna
el alma ha tejido sus mágicos hilos
por toda la senda florida de luna...

SISARA Y JAHEL

"Jahel... tomó un clavo de la tienda y así mismo un martillo; ...aplicó el clavo sobre una de las sienes de Sisara, y dando un golpe con el martillo, traspasóle el cerebro hasta la tierra..."

Libro de los Jueces, c. V, v. 21.

I

JADEANTE fugitivo de la batalla horrenda
en que el pueblo israelita sus huestes castigara,
corre, corre el caudillo de Canaán, Sisara
antes que alguna ligera falange lo sorprenda.

Y llega hasta el umbral de la lejana tienda
de Jahel; y cual fiera que exangüe se entregara,
ante la hermosa, tímido y exánime se pára
y pide que su amparo piadoso le defienda.

Y la mujer le acoge, le mitiga el quebranto
y le apaga su sed. «Mi señor, nada temas»
le dice, y su alba mano le cubre con un manto.

El fugitivo, oculto bajo esa ala propicia,
se duerme... ve en su sueño dos visiones supremas:
una muerte que acecha y un amor que se inicia...

II

La noche avanza. Muda, sola, Jahel vigila
bajo la inquieta lumbre de su rojiza tea,
y mientras que a su huésped en la penumbra otea,
entre el temor y el odio su corazón vacila.

Pero luego, al mirar su ardorosa pupila
que del mellado filo de su alfange gotea
la atormentada sangre de la raza hebrea,
el pensamiento trágico de su venganza afila...

Arranca agudo clavo, coge el duro martillo
y en sigilo se acerca con felina destreza
al oscuro escondite del adverso caudillo;

y con un solo golpe que la sien le atraviesa,
deja la frente pálida, que su púrpura vierte,
con su sueño de amor enclavado en la muerte...

CUMBRES BLANCAS

En santa placidez, las níveas cumbres
meditan los misterios del Señor;
las nimban las auroras con sus lumbres
y velan las estrellas su candor.

Esas serenas cúspides intactas
se acercan suplicantes hasta Dios,
y en éxtasis de luz, estupefactas,
escuchan el silencio de su voz...

Mientras hierven abajo las espumas
de férvidos torrentes del vivir,
ellas sueñan envueltas en sus brumas,
o absortas en el diáfano zafir.

Mientras talan los bosques los violentos,
salvajes huracanes de la lid,
se yerguen sobre todos los tormentos,
como los salmos recios de David;

(porque son esas cumbres suplicantes
el dolor de la tierra hecho clamor;
porque abrasan su seno las quemantes,
recónditas arterias del amor...)

Y sois vírgenes... ¡cúspides altivas!
Sois la perpepua sed de excelsitud,
son ríos vuestras lágrimas furtivas
¡oh imanes de la Eterna Plenitud!...

PRELUDIO MISTICO

¡GRACIAS, Señor! presiento gozos que han de venir
lentamente, lo mismo que un claro amanecer...
Ya adivino la aurora que me dejará ver
los lagos y los yermos que cruzó mi vivir.

Los yermos y los lagos... — la arena y el zafir,
la angustia de esperar y el sueño de creer!—
Ya vislumbro esa luz que me hará comprender
cuánto vale, a tus ojos, mansamente sufrir.

¡Gracias! por la alegría que tendrá mi memoria
al ver por esas sendas que holló el renunciamiento
cómo siegan tus ángeles una siembra de gloria...

Entonces ya sabrá mi torpe pensamiento
el sentido profundo de tu verbo de abismo:
«Quien siguiere mis huellas, que se niegue a sí mismo...»

BALADA

Esta noche de mar y de luna
—al amor y a la paz oportuna—
invita a soñar;
¡oh el ensueño que emerge del alma
contemplando este mar y esta luna,
la luna y el mar!

Este inmenso regazo materno
tiene suaves canciones de cuna
y arrullos de amor;
a la luz de esta blanca pupila
mi barquilla romántica y bruna
se adormece en un dulce candor.

Y sueña un retorno
por la estela de luz a la infancia
fragante y feliz...
¡oh dulce fragancia
del lejano, dichoso país!
Mas ¡ay! el barquero,
(el tiempo inclemente)
me lleva al poniente!
¡sin cesar crecerá la distancia
que me aleja del claro país!...

Paraíso de blancas quimeras
que ya no veré,
a tus claras, fragantes riberas
jamás tornaré...

¡Oh! las nubes que pasan silentes
volando al azar
¡Oh! los hondos suspiros dolientes
y amargos del mar!

Suspirar... sonreír... sollozar...
con la risa, el suspiro, el sollozo
que surgen del mar,
mientras riela otra luna en el alma
las nostalgias serenas del gozo
primero de amar!

¡Recordar el materno cariño
tan lejano!... sentir su ternura
su aroma y su luz
y llorar increpando a la muerte
que erigió con crueldad prematura
su tumba y su cruz...

¡Ay! avanza, navega, barquilla;
sigue rauda esta plácida estela
de suave blancor;
deja atrás estas nubes sombrías,
caravanas siniestras que vela
sañudo el dolor.

¿Y hacia donde? ¡ay! a dónde navegas?
a qué puerto de duelo o fortuna
iremos a anclar?
Ya el confín se ha borrado en la sombra
y naufraga en las nubes la luna...
¡Sin luna está el mar!

LA MUSA NEGRA

Con ojos pensativos me ha mirado en mi estancia,
toda envuelta en la noche de sus velos oscuros;
ha llegado en sigilo, con pasos inseguros
brindándome con flores sin brillo ni fragancia.

La arrojé de mi torre; mas, ella en su constancia,
sutil y silenciosa, penetra por mis muros,
y hasta mi alma se acerca, diciéndome conjuros
con voz desfallecida que se hunde en la distancia.

Al sentir las caricias del frío de sus manos,
al vendarme los ojos con su suave ala oscura
para ver hacia adentro los recuerdos lejanos,

vencido del misterio de su rara belleza,
me arrojé entre sus brazos de amor y de locura,
y al mirarme en sus ojos, conocí la Tristeza.

CORAZON...

Corazón, no te creas grande y noble, que yerras,
porque eres muy pequeño y el lodo es tu blasón.
No ambiciones el oro que guardará la tierra:
los tesoros eternos, del espíritu son.

Corazón no desees desordenadamente,
que la paz y el sosiego de ti se alejarán;
mira que pierde pronto sus aguas el torrente,
mientras que las del río por siempre correrán.

Aprende del Maestro los ejemplos augustos:
sacia la sed de todos con tu ánfora de amor;
abre a todos tus puertas: a risueños y adustos,
al hermano más grande y al hermano menor.

Nunca odies a aquél que en ti clave su daga;
antes bien, compasivo, tú lo debes querer:
el Corazón de Cristo por su profunda llaga
dió en retorno a Longinos el milagro de ver.

Corazón, nada temas; Corazón, no receles;
da siempre con ternura, da siempre con amor,
que si bien en el mundo hay espinas y hieles,
muy más allá del mundo te besará el Señor.

RESFA

"Pero Resfa, hija de Aya, tomando un cilicio, extendióla a sus pies sobre una piedra, y se estuvo allí desde el principio de la siega hasta que cayó sobre los cadáveres lluvia del cielo, impidiendo que los devorasen de día las aves del cielo y de noche las fieras".

Libro II de los Reyes, XXI, 10.

I

Siete cruces fantásticas y extrañas
en sus brazos fatídicos abiertos
alzan cual sombras lúgubres y hurañas
las formas angulosas de sus muertos.

Siete hermanos que muestran las entrañas
de sus cuerpos expósitos y yertos,
con sus manos crispadas como arañas
y sus labios viscosos entreabiertos.

Y son ellos—¡oh efímera esperanza!—
los hijos de Saúl... crucificados
por la saña feroz de la Venganza.

En la montaña estéril levantados,
lame el viento sus llagas azulencas
y mira el sol la noche de sus cuencas.

II

Pero hay alguien que vela por sus huesos
en la cumbre siniestra del flagicio
y que mirra de lágrimas y besos
ofrenda en el altar del sacrificio.

Resfa, la de Saúl, la madre de èsos
despojos del tormento, su cilicio
puso en la abrupta cima donde espesos
coágulos cayeron del suplicio.

Luchando allí con maternal bravura
ha vencido a los cuervos y a las fieras
del turbio día y de la noche oscura.

¡Oh Resfa! en tu dolor, imagen eras
de otra Madre que en duelos más acerbos
más piadosos que el hombre, vió a los cuervos!...

ANTE UNA IMAGEN DE CRISTO DE LAS MONJAS ROSAS

Colgada al muro de una estancia austera,
del humilde y vetusto monasterio,
una imagen de Cristo se venera.
Al verla en su silencio, se dijera
que con su manto la veló el Misterio...

Ante ella el salmo *De profundis* rezan
las penitentes monjas. Y hay dos cirios
que con sus lumbres amarillas besan
la frente del Varón de los martirios.

Debió de ser alguna mano santa
la que en el lienzo laboró ese Cristo:
monje tal vez, que ensangrentó su planta
y por la senda del dolor lo ha visto;
porque es honda... muy honda la tristeza
que en ese rostro pálido se admira:
el pesar con que yergue su cabeza,
y el callado dolor con que suspira.
En esta tela anónima y sombría
—estrofa de una mística elegía—,
se ve la frente dolorida y mustia
que aun guarda, bajo la áspera corona,
el beso amargo que le dió la Angustia.
Hasta en el gesto de su faz pregona
que aun queda hiel entre sus labios rojos,
pero que su alma alumbra todavía
con el milagro de sus negros ojos...
—¿quién vió en la noche un resplandor de día?—
Con la mirada lóbrega y severa
de sus pupilas trágicas y oscuras
parece que a los hombres reprendiera
sus pérfidas maldades y locuras.
A través de la tétrica penumbra,
se le ve caminar por el sendero

llevando a sus espaldas el madero,
que apenas entre sombras se vislumbra.
¡Ha andado mucho!... ¡mucho!... ya, cansado,
alzando sus pupilas dolorosas,
busca un alivio al corazón llagado
y, entre los cercos del verjel sagrado,
quedó mirando florecer sus Rosas...

ENSEÑAME, SEÑOR...

Para A. W.

Enséñame, Señor, a ser amable
consolador y guía de mi hermano;
él está triste — ¡pobre peregrino!—
está exámine y solo en el camino
y me tiende su mano...

Señor, lo hirieron en la abrupta senda
bajo la sombra de la noche muda,
en su alma, el hombre, y en su fe, la duda...
Toda consolación lo desasiste
¡y está triste, está triste!

Dame, Señor, la venda
dame el óleo y el vino
para curar las llagas de mi hermano;
enséñame tu bálsamo divino,
yo quiero ser su buen Samaritano.

En su pupila absorta
hay una sed de lumbre;
su cuerpo débil que el dolor soporta
se inclina por dejar su pesadumbre;
sus manos finas, blancas como nardos,
sufrieron las espinas de los cardos,
y sus labios saciados de amargura
quieren beber la miel de tu dulzura...

Enséñame, Señor,
la miel, la suavidad y el resplandor;
llena del *agua viva* toda mi ánfora
para saciar la sed de su alma herida;
y tus ojos enciéndanme mi lámpara
y la pondré en sus manos encendida.

Y entonces, cuando sienta ya en el alma
la dulzura y la calma
y esté sana su fe,
tiernamente, en tu nombre, le diré:

«Vamos, hermano mío,
continuemos la marcha;
si en tu frente hay escarcha,
en mi frente hay rocío...
Haz un supremo esfuerzo
antes que hiele el frío,
antes que sople el cierzo...
¡Vamos, hermano mío!...»

BALADA DE OTOÑO

¡Oh tarde de otoño
nostálgica y fría!
¡Oh huérfana triste
del cálido día!

Humilde y cristiana,
qué dulce y serena
te vas por el mundo
sufriendo tu pena...

Te veo vestida
de pálidos tules,
de claros cendales
violados y azules;

y tímida avanzas
como una novicia
al ara en que ocaso
sus ritos oficia.

Y mientras te acercas,
por todas las vías
te saluda el viento
con avemarías.

Ya guarda el ocaso
la ardiente custodia
y el viento te dice
su dulce salmodia.

Tu duelo es tan triste,
tu amor es tan santo,
que incienso de bruma
se torna tu canto.

Los árboles mustios
tapizan tus sendas,
la flor, moribunda,
te da sus ofrendas...

Y tú, peregrina
de lánguido paso
que sigues las huellas
del trémulo ocaso,

tan bella te alejas,
que al irte, parece
que todo a tu sombra
sufre y languidece...

¡Oh tarde de otoño
nostálgica y fría,
tocada de brumas
y melancolía!

tan hondo me miras,
tan bien me consuelas,
que mi alma y la tuya
parecen gemelas!

DUBIA LUX

Desde el toldo de rosa y de amatista
que la Tarde en su fuga abandonara,
tendió el Crepúsculo su bruma clara
hasta el vago confín de su conquista.

Y, ebrio de azul, —maravillado artista—
ante el imperio de belleza rara
que su inmensa penumbra cautivara,
marchita en sueños, apagó su vista.

Mas, mientras su alma en su ilusión recrea
llega la Noche, y cual la viuda hebrea
que venció al paladín de los asirios,

miró en la sombra su cabeza bruna
y al darle muerte con su hoz de luna
todo su manto salpicó de lirios...

EL PEREGRINO HA LLEGADO...

A Luis Felipe Contardo.

TROVADOR de leyendas y de ensueños,
que cantaste a la sombra de las alas
abiertas de la Cruz;
heraldo de risueños
y místicos instantes de fervor
venidos de las huellas de Jesús,
¡qué temprano te fuiste!
¡oh, qué pronto ascendiste
del páramo al Tabor!

Hermano, — te decimos tus hermanos—
¿por qué no te quedaste
dándonos en el cuenco de tus manos
el agua que en tus ánforas dejaste?
¡No pudo ser!... debías remontar
al Sacro Amor de tu alma soñadora
con toda la frescura de la aurora,
¡si por eso ensayaste tu cantar!

Solitario y piadoso peregrino,
mientras miro tus huellas
a la trémula luz de las estrellas,
me repite tus cantos el camino:
los suspiros, los versos y los ósculos
que dió tu corazón ante lo bello,
el salmo venerable
que enviaste a la amplitud de lo inefable,
y, orlada con su místico destello,
la oración que elevaste a lo divino.

¡Dulce cantor! mientras mi voz te nombra,
se han hundido tus huesos en la sombra;

pero tu alma — que bien yo conocía—
muy blanca debe estar: ¡amaba el Día!

Hermanos: ha llegado el peregrino
al término sin fin de su camino,
y aun nos dicen los ritmos de su acento
lo bello, lo inefable y lo divino...
(Un suspiro... ¿es un canto o es lamento?
Recemos un responso con el viento).

Musa, tú con la llama de tu verso
y el óleo de la vida,
a los pies de su cruz de mármol terso
le dejarás mi lámpara encendida.

EL TEREBINTO

Como si una angustia su vida exprimiese
llora el terebinto de la árida Nubia,
y, bajo su fronda que en sangre florece,
derrama su mirra de lágrima rubia.

Los magos antiguos de razas eximias
en raras liturgias — sagradas o estólidas —
cual rico tesoro de sabias alquimias
cogían avaros sus lágrimas sólidas.

Y eran el perfume de los sacrificios
o ya en los tormentos, calmante brebaje
de los que partían con crueles suplicios
en la barca negra del último viaje...

Como el terebinto de trágicas flores,
tú viertes, oh bardo, tu verso amargado,
mas es para el alma de los soñadores
acíbar piadoso o perfume sagrado.

EL CLAUSTRO

I

¡Oh, Claustro! quien traspasa tus umbrales
sin profanar la ley de tus cerrojos
sabe cómo florecen los abrojos
y pierden sus espinas los rosales.

En ti crecen los lirios perennales,
de ti se apartan los mundanos ojos,
porque en ellos tal vez provoca enojos
la virtud de tus almas virginales.

Siglo enfermo de torpes laxitudes,
si no amáis el fulgor de las virtudes,
pero amáis la belleza todavía,

¡oíd! que tras los hierros de una reja,
en un clamor de salmo que se aleja,
eleva su oración la poesía.

II

¡Oh, cuánta paz y amor tu muro encierra!
¡y cuánto cielo en tu prisión se abarca!
mueren las olas al tocar tu barca
y ante ella apaga la pasión su guerra.

¡Oh, cómo el mundo que te juzga, yerra!
Ignora que eres para el alma un arca,
como la nave que salvó al Patriarca
de aquel diluvio que inundó a la tierra.

¡Feliz, si mi alma en tu prisión quedara!
¡oh, si mi pobre corazón guardara
la dulce paz de tu silencio amigo!

¡Bendito Claustro! cuán feliz yo fuera
si entre el tumulto mundana!, pudiera
llevar tu santa soledad conmigo.

UN SUEÑO

De niño, eché mis versos en el surco,
—fecundo tajo que dejó en la gleba
de mi heredad, la vida;— y en mi choza,
como un labriego, vigilé mi siembra.

Y contemplé al trasluz de mis ensueños
cómo regaban mi abrasada tierra
lluvias amargas, lluvias silenciosas
como un sereno llanto de inocencia.

Y pensé: «Cuando toda esta llanura,
de maduro trigal esté cubierta,
iré como Booz por los senderos
cruzando por mi rubia sementera.

Manos amigas segarán mis sueños
y habrá alegres connubios en las eras;
y acaso un alma como Rut se lleve
los haces de oro que olvidé en las sendas...»

Era un sueño de niño... Hoy el cierzo
penetra por mi choza y ya blanquean
cenizas de ilusiones sobre el campo
en un silencio de agonía... ¡nieva!

LA LEYENDA DEL CABRERO

(De Jean Aicard)

Sin hallar hospedaje por ninguna hostería,
la Virgen y su esposo, como ya se oscurece,
entran a un pobre establo que el azar les ofrece.
Y allí nació Jesús de la Virgen María.

Ángeles luminosos a los pobres pastores
que velan sus rebaños en la noche callada,
anuncian el misterio. Y a la gruta encantada
van antes que despierten los primeros albores.

Y le llevan al Niño que entre pajas se abriga
junto al asno y al buey que le dan la dulzura
de su aliento, corderos, miel, trigo y leche pura:
los humildes tesoros que la tierra prodiga.

El último que llega dice: «No tengo nada;
pero traigo esta flauta que me gusta tocar
cuando va por la noche mi rebaño a pastar;
deja, si quiere el Niño, que toque una tonada».

Dice que sí María, sonriendo bajo el velo...
Mas, de súbito llegan unos magos de Oriente,
los tres reyes que vienen maravillosamente
guiados por la estrella que floreció en el cielo.

Mantos rojos y azules en que el oro da luz,
mantos rojos y azules como cielos de aurora...
Cada uno en silencio prosternado le adora;
con incienso, oro y mirra le ofrendan a Jesús.

Al humilde cabrero que estaba en un rincón
deslumbrado ante el lujo que el cortejo traía,
«¿No estarás tú muy lejos — le pregunta María—
para ver a Jesús y tocar tu canción?»

Y, tímido el pastor ante la gente extraña,
se acerca poco a poco y amoroso y huraño
da al viento, como a solas cuando vela el rebaño,
los raudales sonoros de su flauta de caña.

Sin mirar más que al Niño con pupila extasiada,
se vierte en armonías el alma del pastor
con alientos tan hondos, con tan íntimo amor,
como si fuera a solas por la noche estrellada.

Todos ávidos oyen la canción peregrina
que fluye melodiosa con sonidos de plata,
y al concluir el cabrero su dulce serenata,
Jesús le abrió sus brazos, con sonrisa divina...

DE PROFUNDIS

(De Emile van Arenbergh)

Desde la cima lóbrega de bordes de basalto
en cuya noche inmensa hasta el rayo se asombra,
lanza el piélago triste, que humanidad se nombra,
al eterno silencio su eterno sobresalto.

Sus tumbos rugidores se arrojan al asalto
luchando y escalando por salir de la sombra;
y su vórtice, roto, como roca se escombra
y rebota más alto ¡todavía más alto!

Mientras así se lanza desde su honda tiniebla,
esta humana marea, al través de la niebla
y sube, sube, sube con oleajes inciertos,

allá arriba, en el borde y en un nimbo de aurora,
irguiéndose en su cruz, que clara lumbre dora,
esperando está Cristo con los brazos abiertos...

EL NAZARENO

(De Leconte de Lisle)

Cuando el Crucificado, ludibrio de las hordas,
su hora sintió llegar y bebió el vino amargo,
hondamente angustiado clamó a las nubes sordas
y en un sudor de sangre sintió el postrer letargo.

Pero en el cielo mudo del Calvario ominoso
al ver que nadie oía su alarido de angustia,
hinchó el divino pecho con enorme sollozo
y el Mártir agobiado dobló su frente mustia.

¡Oh Tú que así expirabas en días implacables!
¡Oh viviente Virtud, Sublime Atormentado!
más trágico mil veces que los dos miserables
que, sin pensar en nada, gemían a tu lado!

quien entonces lloraba con tan cruel agonía
no era tu cuerpo, nó, sobre la cruz clavado,
ni tu amor, ni tu genio, ni tu inmensa energía
ni el imperio del mundo, de tu diestra arrancado.

¡Nó! porque hablaba ¡oh Víctima! en tu sueño de luz
la voz de un mundo entero, renegado feroz,
que te decía: — «¡Baja de tu sublime cruz,
pálido Nazareno, tú nunca fuiste Dios!

«¡No eras el pan celeste, ni eras el agua viva!
¡Torpe pastor, tu yugo ya el mundo lo ha arrojado!
en nuestro pecho exangüe nada hay que sobreviva
más que el hombre hecho Dios; el hombre está olvidado!

»¡Cadáver veinte siglos sobre todas las testas
suspenso! a tu sepulcro vacío hay que tornar.
Tu sangre y tus tristezas ha sentido en sus fiestas
la humanidad viril, ya exhausta de llorar».

Así te habló, oh Jesús, en tu hora suprema
el eco del futuro, del abismo salido;
y pues que ya escuchabas a nuestra edad blasfema
¡Hijo del Carpintero, Tú no habías mentido!

¡Tú no habías mentido! que tu Iglesia y tu gloria
ciernen doquier tu sombra por los tumbos violentos;
si puede el hombre audaz arrojar tu memoria,
como ceniza inerte, hacia los cuatro vientos,

Tú, sobre las ruinas de santas catedrales,
miras las frentes pálidas coronadas de flores
en las piaras piafantes de locas saturnales
¡que insultan con su risa tus divinos dolores!

Con tus viejos Profetas de lenguas eucarísticas,
Tú ves, oh rubio Sol, en tu azul cristalino
a las almas que vuelan como palomas místicas
a beber el rocío de tu labio divino.

Como en la edad soberbia del Águila romana,
como al final de un siglo rebelde a la verdad,
Señor, no habrás mentido, mientras la raza humana
llorando esté en el tiempo... y por la eternidad.

SIMBOLO

(De Iwan Gilkin)

Un rio de sangre hacia el horizonte se extiende.
Con su púrpura lúgubre, pero espléndida inunda,
bajo el cielo asombrado, la tierra gemebunda,
donde el trágico horror de un gran crimen desciende.

Y, como en los desastres de antiguas epopeyas,
se enlutaba el estrado del príncipe vencido,
sobre el cenit la noche, como un heraldo erguido,
va extendiendo su luto con lágrimas de estrellas.

Y, —cabeza fosfórica y exangüe cuya frente
aun conserva el palor y el frío de la espada,—
rueda, blanca de luz, una luna cortada,
en el negro silencio y el terror del ambiente.

Nada se extingue, nada, sin que a su vez subsista.
El crimen de aquí abajo revive en el espacio.
Esta tarde en etéreo y olímpico palacio
Herodías ha hecho degollar al Bautista.

EL BESO DEL HOMBRE

(De Henri Malteste)

Cristo aceptó la ofrenda de amor de Magdalena.
¿Fué para Dios? ¡Qué importa! ¿Conoce alguien acaso
hasta dónde remonta la mujer su Pegaso
o de qué ensueño humano su piedad está llena?

Sintió su hálito ardiente en sus pies de azucena,
y sus dulces cabellos y el nardo de su vaso;
y sus pies, que esperaban los clavos, paso a paso
llevaron por las turbas su sombra nazarena.

¡Poeta cuya ley fué sólo caridad!
el más celeste amor de mujer te seguía,
pero Tú preferiste la huraña Humanidad...

Tú gozoso la viste que, a tus plantas desnudas
hincada de rodillas, sus labios te ofrecía
¡y acercaste los tuyos para el beso de Judas!

INMACULADA

Querer pintar su retrato
Es menester para él
Que tome Dios el pincel.
Lope de Vega.

No sé cómo cantarte, Madre mía;
que para hacerlo, necesario fuera
juntar toda la angélica armonía
al himno de la virgen Primavera
y a la canción primera
con que despierta el día.
Para cantar tu nombre
no tiene el mundo una canción sonora,
no tiene luz la inspiración del hombre
Ni nota augusta la fulgente aurora.

Pero si tú me miras,
junto a mi mano vibrarán las liras
y cada cuerda me dará su nota;
si tú me miras, lloverá el rocío,
como en los campos, en el pecho mío,
y temblará tu nombre en cada gota.
Si la luz de tus ojos me mirara,
como si fuera un cirio,
mi corazón brillara
ante la albura de tu faz de lirio.

La eterna Voluntad Omnipotente
que hizo brotar la planta sin semilla,
en la tierra doliente
hizo nacer un alma sin mancilla.
Cuando cerró su puerta el Paraíso
por mandato de Dios, también Él quiso
tomar de la serpiente su venganza
salvando al hombre; y por vencer a aquélla
prendió en la sombra matinal estrella
que fuera para el mundo una esperanza.

Fué el astro mensajero
de un nuevo Adán que bajaría al mundo
a dar la vida que perdió el primero.
Y María, mujer corredentora,
virgen y madre sin nacer, vivía:
¡siempre en oriente surgirá la aurora
antes que llegue el resplandor del día!

Y aquella que anunciaron los profetas
en sus visiones místicas, secretas,
tras el lento rodar de las edades,
vestida de celestes claridades,
brotó en la tierra del Adán proscrito...
Y de paz y consuelo,
llenóse el mundo, y resonó en el cielo
un cántico de júbilo infinito.

¿Y cómo no alegrarse el universo
cuando nacía aquélla,
la sin igual doncella
de los ángeles mismos soberana,
luz y esperanza de la estirpe humana?

Para formar su rostro soberano,
sobre la humilde cuna
cernió su öro el astro del verano
y su serena claridad la luna.
Para formar sus manos pudorosas
uniéronse los lirios y las rosas;
las lumbres más serenas y tranquilas
de los nocturnos astros
les dieron claridad a sus pupilas;
y a sus divinas plantas
las nieves y los puros alabastros
todo el albor de sus blancuras santas...

Plena de gracia el alma,
en tan serena calma
sintió pasar los días,
cual ráfagas de aromas
cargadas de armonías
y arrullos de palomas...
Es que al verla el Paráclito Divino,
al contemplarla inmaculada y pura,
«vestida con la púrpura y el lino»
prendado se quedó de su hermosura!...

Y un día un ángel de áureo plumaje,
al tender el crepúsculo su imperio,
trajo a la casta virgen el mensaje
del augusto misterio
que en otros siglos anunció Isaías:
¡iba a nacer de virgen el Mesías!

Temblando sus pupilas, cual fanales,
se clavaron del cielo en las estrellas
y el temblor de sus ojos virginales
quedó por siempre titilando en ellas...

¡Oh, casta Virgen, entre todas única!
la pobre ofrenda de mi amor recibe;
piadosa, guarda entre tu blanca túnica
el canto humilde que mi amor te escribe!

Porque en el mármol de tus sienes brilla
la singular diadema
de virgen y de madre y redentora;

porque naciste pura y sin mancilla,
porque fuiste el poema
de Mente increada y creadora,
mi corazón te canta,
¡mi corazón te adora!

SALUTACION

AL EMMO. CARDENAL BENLLOCH Y VIVÓ, CON MOTIVO DE SU VISITA A CHILE.

Señor: mientras la América cristiana
os tiende sus laureles por alfombra;
mientras en ella proyectáis la sombra
noble y gentil de la bandera hispana;
mientras renacen para vos las flores
de mi tierra galana,
vuele mi canto —tímida paloma—
con el coro marcial de los condores
que saludan al águila de España
nimbada con la púrpura de Roma.

Para vos esta tierra no es extraña:
cantó su mar, su cielo y su montaña
la firme voz de vuestro egregio Ercilla:
sabéis la selva y el lomaje glauco,
en donde, como estrellas,
al choque de los tercios de Castilla
con las huestes indómitas de Arauco
brotaron las heroicas epopeyas.
Y sabéis que este pueblo que os aclama
lleva en la recia urdimbre de sus venas
altiva y noble sangre que se inflama
cundo lucha, cuando ora, y cuando ama:
sangre de vuestros bravos capitanes
y sangre de las Fresias
y los Caupolicanes.

Y por eso, Señor, también sabemos
las nobles gestas de la patria ibera:
¡quien su historia preclara
en nuestra hispana América ignorara
ni el nombre de latino mereciera!

Sabemos que su genio y su decoro
grabaron mil gloriosas efemérides
con sangre, hierro y oro
en el viejo jardín de las Hespérides.

Con la sutil fragancia
de una antigua leyenda,
a la luz del hogar, bajo la tienda,
ensoñando el albor de nuestra infancia,
mostraban los abuelos
a esos hombres de España por modelos
de virtud, de valor y de arrogancia.

Y amamos a esa raza, fiel trasunto
de cuanta gloria ennobleciera al orbe;
la que huracán de llamas fué en Sagunto,
la que muros de carne fué en Numancia...
la que, si vió clavado en sus almenas
el pendón de las huestes agarenas,
tuvo el nombre —clarín de son robusto
y que de siglo en siglo se prolonga—
del bravo paladín de Covadonga...

Sabemos de esos grandes caballeros
de recio temple y de la fe más pura,
los que lidiaron con la estirpe dura
sin mancillar sus ínclitos aceros.

Soñando el alma en sus silencios mudos,
ve brotar por la cima y la floresta
«relámpagos de yelmos y de escudos»
al paso grave de un tropel de gesta.
Y sigue a aquél que reinos no ambicona,
que lleva más alzada la cimera,
más firme al cinto la marcial tizona,
al que fué en cien batallas triunfador
por su dama, su Cruz y su bandera,
la que llaman los siglos *Campeador*.

Y mientras el recuerdo así perfila
la falange de tantos
héroes de las épicas hazañas,
una gloriosa pléyade desfila

de poetas, de artistas y de santos
bajo el sereno azul de las Españas.

Señor: si el soplo del gran Genio un día
las velas impelía
de aquellas carabelas españolas
en que a una ignota América traía
domadores de mundos y de olas,
a vos, Señor, y a vuestro real cortejo
el fuerte imán de nuestra raza os trajo
por ese mismo mar de intenso azul
para cantaros vuestras glorias bajo
el claro cielo de la Cruz del Sur.

Y aclama a Pío con ardor jocundo
ante esa noble púrpura romana
que flameó en Cisneros,
y en vos, Señor, saluda al alma hispana
que a la Cruz dióle santos, dióle un mundo
y al Honor, sus hidalgos caballeros.

Cuando lleguéis al linde
de la tierra española,
decidle que en el Ande,
como una ofrenda, el corazón le rinde
el joven Cóndor de la blanca gola
que siempre altivo se cernió en lo grande.

FIN

INDICE

	Págs.
Anteportada	1
Obras del autor	2
Portada	3
Propiedad	4
Ex libris	5
Texto bíblico	7
Ofertorio	9
Rosal de mi camino	11
Véspero	13
El Mar	15
La Epifanía del Amor	17
Las tres palomas	22
Transfiguración	24

	Págs.
Las viajeras blancas	27
La nieve	29
Un hermano me dijo	31
Amanecer	33
Torre que ahora miras	35
Bajo el mar	38
Primera lluvia	40
Eliecer	42
El Agua	46
Kempis	48
Sonetos del Budi	51
Sisara y Jahel	57
Cumbres blancas	60
Preludio místico	62
Balada	64
La musa negra	68
Corazón	70
Resfa	72
Ante una imagen de Cristo, de las Monjas Rosas.	75
Enséñame, Señor	78
Balada de Otoño	81
Dubia Lux	85

	Págs.
El Peregrino ha llegado	87
El Terebinto	90
El Claustro	92
Un sueño	95
La leyenda del Cabrero. (Traducción)	97
De profundis. (Traducción)	100
El Nazareno. (Traducción)	102
Símbolo. (Traducción)	106
El beso del Hombre. (Traducción)	108
Inmaculada	110
Salutación al Emmo. Cardenal Benlloch y Vivó	116
Colofón	127

TERMINÓSE DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN LA
IMPRENTA DE
SAN JOSÉ EN
MXMXXIV

EX LIBRIS

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000146712 32